

dos o tres al Negroce. Si mi señora no me saca a tirar, aún estaría ahí.

En el Museo del Prado estudió a Velázquez, Goya, el Greco y Martínez. Luego partió a Italia y Francia. En París vivió a 50 metros de las Tullerías y a cuatro cuadras del Louvre:

—En el Museo me hice muy popular. Hice 101 visitas y todo el mundo me conocía. Varias veces me quedé encerrado por la tarde. Un día me sucedió en la sala de escultura y me dije encierra. En la mañana y en la tarde iba a los museos. En la noche, al teatro. Vi un total de 12 obras.

Poco antes de partir a Europa, aludió en "La Nación" al "Mágico del modernismo en el cual blasean con tanta fruición los Matiss y los Gauguin, encabellados por aquél rey del bistrí que se llama Cézanne".

En Francia se reconcilió con las naturalezas muertas de Cézanne ("un colorista formidable"), pero no con sus palabras.

En materia de pintura los gustos de Táles Silva son claros y definidos. Sironi y Benjamín Vicuña le parecen los mejores paisajistas chilenos, y Pascual Gammie, el mejor figurista.

El viaje dejó experiencias, enseñanzas y recuerdos. También aportó una frase que quedó incorporada a la leyenda del personaje: "Cuando estuve en París..."

Ahora

Ahora don Nathanael está triste porque no puede ver al mundo y se habla privado de su diario puesto al centro. Padece de diabetes y, desde 1955, sufre de una progresiva sordera. Hace dos meses se dio un golpe en la calle y debe guardar cama. El severo doctor Osvaldo Muñoz, que le rechaza las cigarrillas, no le permitirá volver a pasar esto.

Vive en Freire 543 con su esposa y tres sobrinos, que son como hijos para él madrileño.

Cuando llegan visitas, don Nathanael se acuerda el saludo con el elegante ademán que otras empleaba la gente chile para colocarse el sombrero. Señala medio saliente para ajustar el velo, como. El sonido se asumeja a un trueno que atiza estos del concierto.

Si algo le desagrada, desconecta el aparato y se

sienta, porque "no le gusta que lo malajedeen". Los matizadas. Desde los favoritos de su juventud, como Alphonse Daudet, hasta el "Cuarteto de Alejandría", de Durrell. Le seduce conversar. Le gusta mucho. Le encanta.

Sus largos monólogos son ameses y abarcan los más variados temas. Sus palabras tienen color y su voz, una dramática cadencia. Logró dominar su tartamudez casi totalmente; ahora está reducida a un vistoso susurro.

Conversa:

—Soy muy esópico. A la mayoría de nuestros escritores les falta sensibilidad, o sea, el temperamento básico para ser escritor. Pero hay media docena en Chile que puede competir con los grandes de Europa. Son los de mi generación, y con quienes me formé todo: Barrera, Santibáñez y Muñoz.

Pedro

NATHANAEL YÁÑEZ SILVA



Lucrecia Undurraga de Táles.

Pratto, a quien leí porque le hizo publicar sus primeras dos novelas: Alonso, que expresa su sensibilidad a Oscar Esquivel; Mariano Larraín y Matías; Armando Mock, que fue el bohemio de más temperamento de nuestro teatro. Le faltaba un poco de buen gusto, pero era un maestro.

—En general, nuestros novelistas no saben construir novelas. Son atendidas. Manuel Rojas es un maestro en el detalle, pero no sabe hacer una novela completa.

—Nuestros literatos gozan de una ignorancia del teatro tan grande como un asistente a galería. Mariano Larraín fue una excepción.

—Los artistas universitarios significaron un adelanto muy grande en tanto de lo que se refiere a técnicas de las tablas, pero se espera que, dentro de este relativa perfección, con que

hagan las cosas, surjan dos o tres grandes temperamentos.

—Es muy lamentable el conocimiento de los personajes. Cuando uno los conoce, sabe defenderse de ellos. De Ortega y Gasset nos decía: "Qué gigante, qué estúpido, qué bestial". Lo recordé en el Crítico; lo vi haber y ya lo sentí al alcance de mi mano. El conocimiento trae la facilidad de juicio y la facilidad de juicio impide comisiones.

Habla con pena y un poco de enfado de su "Historia Crítica y Anecdótica del Teatro Chileno". Consiste de 1.370 folios a doble espacio y abarca desde la Comedia hasta 1940. La escribió hace más de veinte años sin lograr editarla. Pero no fallaron los piratas que editaron y aprovecharon el manuscrito mientras viajaba por las editoriales. Entre ellos Mariano Larraín, que lo utilizó para documentar sus clases en el Instituto Pedagógico. Para don Nathanael es una dolorosa historia.

Se agita, enciende un cigarrillo en una larga boquilla y lo va a prendar cuando Lucrecia duda Lucrecia, "la policía de sus pulmones".

—Don Nathanael es sentimental y queridito. Suya es la candorosa vanidad de un niño bueno. Es un hombre que no aprendió a pensar mal de la gente en su paso por la vida. Dice Ramón Gómez de sus días:

—Piensas que todo el mundo es bueno y el mal un accidente. Nunca quisieron aprender que no era así. El le dice "Rata"; tú a él, "Tío" o "Rata".

—Lo suyo mucha, —dice duda Lucrecia—. No se que de los matrimonios modernos. Y Tan es muy regalón. Un regalo que a veces abusa de los regalos.

Alguna vez le regaló chismes, pero no que daban importancia:

—Me encanta que me lo quieran y me lo queden. Si estamos juntos después de tantos años, es porque nos queremos.

Lo que no saben quienes esperan la leyenda del elegante salón de los espejos es que el coqueto Don Juan de la calle Alameda duerme 24 años tomado de la mano de su esposa.

Todas las noches.

Es un salabón más para la leyenda.